

todas visten un vestido,
 todas calzan un calzar,
 todas comen á una mesa,
 todas comían de un pan,
 sino era doña Alda,
 que era la mayoral.
 Las ciento hilaban oro,
 las ciento tejen cendal,
 las ciento tañen instrumentos
 para doña Alda holgar.
 Al son de los instrumentos
 doña Alda adormido se ha:
 ensoñado había un sueño,
 un sueño de gran pesar.
 Recordó despavorida
 y con un pavor muy grand,
 los gritos daba tan grandes
 que se oían en la ciudad.
 Allí hablaron sus doncellas,
 bien oiréis lo que dirán:
 —¿Qué es aquesto, mi señora?
 ¿quién es el que os hizo mal?
 —Un sueño soñé, doncellas,
 que me ha dado gran pesar;
 que me veía en un monte
 en un desierto lugar:
 de so los montes muy altos
 un azor vide volar,
 tras dél viene una aguililla
 que lo ahinca muy mal.
 El azor con grande cuita
 metióse so mi brial;
 el aguililla con grande ira

de allí lo iba á sacar;
 con las uñas lo despluma,
 con el pico lo deshaz.—
 Allí habló su camarera,
 bien oiréis lo que dirá:
 —Aquese sueño, señora,
 bien os lo entiendo soltar;
 el azor es vuestro esposo,
 que viene de allen la mar;
 el águila sedes vos,
 con la cual ha de casar,
 y aquel monte es la iglesia
 donde os han de velar.
 —Si así es, mi camarera,
 bien te lo entiendo pagar.—
 Otro día de mañana
 cartas de fuera le traen;
 tintas venían de dentro,
 de fuera escritas con sangre,
 que su Roldan era muerto
 en la caza de Roncesvalles.

GARCILASO DE LA VEGA

II.

Égloga primera

*Á Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca,
 virrey de Nápoles*

SALICIO, NEMOROSO

EL dulce lamentar de dos pastores,
 Salicio juntamente y Nemoroso,
 He de cantar, sus queexas imitando;

Cuyas ovejas al cantar sabroso illo eb
 Estaban muy atentas, los amores, con
 De pacer olvidadas, escuchando. aoc
 Tú, que ganaste obrando. Allí hablo
 Un nombre en todo el mundo, io aoid
 Y un grado sin segundo, —A que se
 Agora estés atento, solo y dado aoid
 Al inclito gobierno del estado roxa le
 Albano; agora vuelto á la otra parte,
 Resplandeciente, armado, es almg le
 Representando en tierra el fiero Marte;

Agora de cuidados enojosos. upa y
 Y de negocios libre, por ventura nob
 Andes á caza, el monte fatigando. —
 En ardiente jinete, que apresura aoid
 El curso tras los ciervos temerosos,
 Que en vano su morir van dilatando;
 Espera, que en tornando. tate vé
 Á ser restituido. de fuerz escritas con
 Al ocio ya perdido, que en Robto
 Luego verás ejercitar mi pluma en la
 Por la infinita innumerable suma
 De tus virtudes y famosas obras;
 Antes que me consuma, GARCILASO
 Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
 Viene á sacarme de la deuda un día, a v
 Que se debe á tu fama y á tu gloria;
 Que es deuda general, no solo mía,
 Mas de cualquier ingenio peregrino
 Que celebra lo digno de memoria; El
 El árbol de vitoria. Salicio juramente y
 Que ciñe estrechamente. He de cantar, son

Tu gloriosa frente. londa siempre montes
 Dé lugar á la hiedra que se planta. Della
 Debaxo de tu sombra, y se levanta. Salicio
 Poco á poco, arrimada á tus loores; El
 Y en cuanto esto se canta, Por montes
 Escucha tú el cantar de mis pastores. lan

Saliendo de las ondas encendido, Cal
 Rayaba de los montes el altura. Cual por
 El sol, cuando Salicio, recostado. Paciente
 Al pié de una alta haya, en la verdura, Cu
 Por donde una agua clara con sonido a v
 Atravesaba el fresco y verde prado; y la
 Él, con canto acordado. Do se aca
 Al rumor que sonaba. Siempre era
 Del agua que pasaba, Cuando la sombra el
 Se quexaba tan dulce y blandamente. Ó la
 Como si no estuviera de allí ausente. Salicio
 La que de su dolor culpa tenía; Y un
 Y así, como presente, sin mostrar su
 Razonando con ella, le decía. De que por

SALICIO

¡ Oh más dura que mármol á mis quejas,
 Y al encendido fuego en que me quemó;
 Más helada que nieve, Galatea!
 Estoy muriendo, y aun la vida temo;
 Témolala con razón, pues tú me dexas;
 Que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.
 Vergüenza he que me vea
 Ninguno en tal estado,
 De tí desamparado,
 Y de mí mismo yo me corró agora.
 De un alma te desdeñas ser señora,

Donde siempre moraste, no pudiendo
 Della salir un hora?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
 Por montes y por valles, despertando
 Las aves y animales y la gente;
 Cuál por el aire claro va volando,
 Cuál por el verde valle ó alta cumbre.
 Paciendo va segura y libremente,
 Cuál con el sol presente
 Va de nuevo al oficio,
 Y al usado ejercicio
 Do su natura ó menester le inclina.
 Siempre está en llanto esta ánima mezquina
 Cuando la sombra del mundo va cubriendo
 Ó la luz se ayecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 ; Y tú, desta mi vida ya olvidada,
 Sin mostrar un pequeño sentimiento
 De que por tí Salicio triste muera,
 Dexas llevar, desconocida, al viento
 El amor y la fé que ser guardada
 Eternamente solo á mí debiera?

¡ Oh Dios! ; Por qué siquiera,
 Pues ves desde tu altura
 Esta falsa perjurá
 Causar la muerte de un estrecho amigo,
 No recibe del cielo algún castigo?
 Si en pago del amor yo estoy muriendo,
 ; Qué hará el enemigo?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
 Por tí la esquividad y apartamiento

Del solitario monte me agradaba;
 Por tí la verde yerba, el fresco viento,
 El blanco lirio y colorada rosa
 Y dulce primavera deseaba.
 ; Ay, cuánto me engañaba!
 ; Ay, cuán diferente era
 Y cuán de otra manera
 Lo que en tu falso pecho se escondía!
 Bien claro con su voz me lo decía
 La siniestra corneja, repitiendo
 La desventura mía.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

; Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
 Reputándolo yo por desvario,
 Ví mi mal entre sueños, desdichado!
 Soñaba que en el tiempo del estío
 Llevaba, por pasar allí la siesta,
 Á beber en el Tajo mi ganado;
 Y despues de llegado,
 Sin saber de cuál arte,
 Por desusada parte
 Y por nuevo camino el agua se iba;
 Ardiendo yo con la calor estiva,
 El curso enajenado iba siguiendo
 Del agua fugitiva.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ; en cuya oreja suena?
 Tus claros ojos ; á quién los volviste?
 ; Por quién tan sin respeto me trocaste?
 Tu quebrantada fé ; dó la pusiste?
 ; Cuál es el cuello que como en cadena
 De tus hermosos brazos anudaste?
 No hay corazon que baste,

Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretrejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué tendrá por cierto,
Ó qué de hoy más no tendrá el amante,

Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el más seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando á quien diste el corazon malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprendo

De tí al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar pues yo te ví agradada,
Tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de tí más alabado.
No soy pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo;
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura,
Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocara mi ventura.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio,
Y no viera de tí este apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frío
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Extremo en el invierno?
Mas ¿qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan,
Los árboles parece que se inclinan,

GARCILASO DE LA VEGA

Las aves que me escuchan; cuando cantan,
 Con diferente voz se condolecen,
 Y mi morir cantando me adivinan,
 Las fieras que reclinan
 Su cuerpo fatigado,
 Dejan el sosegado
 Sueño por escuchar mi llanto triste,
 Tú sola contra mí te endureciste,
 Los ojos aun siquiera no volviendo
 Á lo que tú hiciste.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
 No dexes el lugar que tanto amaste;
 Que bien podrás venir de mí segura;
 Y dexaré el lugar do me dexaste;
 Ven, si por solo esto te detienes,
 Ves aquí un prado lleno de verdura,
 Ves aquí una espesura,
 Ves aquí una agua clara,
 En otro tiempo cara,
 A quien de tí con lágrimas me quexo,
 Quizá aquí hallarás, pues yo me alexo,
 Al que todo mi bien quitarme puede;
 Que pues el bien le dexo,
 No es mucho que lugar tambien le quedé.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
 Y sospirando en el postrero acento,
 Soltó de llanto una profunda vena,
 Queriendo el monte al grave sentimiento
 De aquel dolor en algo ser propicio,
 Con la pasada voz retumba y suena:
 La blanda Filomena,
 Casi como dolida

GARCILASO DE LA VEGA

Y á compasion movida,
 Dulcemente responde al son lloroso,
 Lo que cantó tras esto Nemoroso
 Decidlo vos, Pierides; que tanto
 No puedo yo ni oso,
 Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
 Árboles que os estáis mirando en ellas,
 Verde prado de fresca sombra lleno,
 Aves que aquí sembráis vuestras querellas,
 Hiedra que por los árboles caminas,
 Torciendo el paso por su verde seno;
 Yo me ví tan ajeno
 Del grave mal que siento,
 Que de puro contento
 Con vuestra soledad me recreaba,
 Donde con dulce sueño reposaba,
 Ó con el pensamiento discurría
 Por donde no hallaba
 Sino memorias llenas de alegría;

Y en este mismo valle, donde agora
 Me entristezco y me canso, en el reposo
 Estuve ya contento y descansado.
 ¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
 Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
 Que despertando, á Elisa ví á mi lado.
 ¡Oh miserable hado!
 ¡Oh tela delicada
 Antes de tiempo dada
 Á los agudos filos de la muerte!
 Más conveniente fuera aquesta suerte

GARCILASO DE LA VEGA

A los cansados años de mi vida,
 Que es más que el hierro fuerte,
 Pues no la ha quebrantado tu partida.
 ¿Dó están agora aquellos claros ojos
 Que llevaban tras sí como colgada
 Mi ánima do quier que se volvían?
 ¿Dó está la blanca mano delicada,
 Llena de vencimientos y despojos
 Que de mí mis sentidos le ofrecían?
 Los cabellos que vían
 Con gran desprecio al oro,
 Como á menor tesoro
 ¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?
 ¿Dó la columna que el dorado techo
 Con presunción graciosa sostenía?
 Aquesto todo agora ya se encierra,
 Por desventura mía,
 En la fría, desierta y dura tierra.
 ¿Quién me dixera, Elisa, vida mía,
 Cuando en aqueste valle al fresco viento
 Andábamos cogiendo tiernas flores,
 Que había de ver con largo apartamiento
 Venir el triste y solitario día
 Que diese amargo fin á mis amores?
 El cielo en mis dolores
 Cargó la mano tanto,
 Que á sempiterno llanto
 Y á triste soledad me ha condenado;
 Y lo que siento más es verme atado
 Á la pesada vida y enojosa,
 Solo, desamparado,
 Ciego sin lumbré en carcel tenebrosa.
 Despues que nos dexaste, nunca paces

GARCILASO DE LA VEGA

En hartura el ganado ya, ni acude
 El campo al labrador con mano llena.
 No hay bien que en mal no se convierta y mude:
 La mala yerba al trigo ahoga, y nace
 En lugar suyo la infelice avena;
 La tierra, que de buena
 Gana nos producía
 Flores con que solía
 Quitar en solo vellas mil enojos,
 Produce agora en cambio estos abrojos,
 Ya de rigor de espinas intratable;
 Y yo hago con mis ojos
 Crecer, llorando, el fruto miserable.
 Como al partir del sol la sombra crece,
 Y en cayendo su rayo se levanta
 La negra escuridad que el mundo cubre,
 De do viene el temor que nos espanta,
 Y la medrosa forma en que se ofrece
 Aquello que la noche nos encubre,
 Hasta que el sol descubre
 Su luz pura y hermosa;
 Tal es la tenebrosa
 Noche de tu partir, en que he quedado
 De sombra y de temor atormentado,
 Hasta que muerte el tiempo determina
 Que á ver el deseado
 Sol de tu clara vista me encamine.
 Cual suele el ruiseñor con triste canto
 Quexarse, entre las hojas escondido,
 Del duro labrador, que cautamente
 Le despojó su caro y dulce nido
 De los tiernos hijuelos entre tanto
 Que del amado ramo estaba ausente,

GARCILASO DE LA VEGA

Y aquel dolor que siente
 Con diferencia tanta
 Por la dulce garganta
 Despide, y á su canto el aire suena,
 Y la callada noche no refrena
 Su lamentable oficio y sus querellas,
 Trayendo de su pena
 Al cielo por testigo y las estrellas;

Desta manera suelto yo la rienda
 Á mi dolor, y así me queixo en vano
 De la dureza de la muerte airada.
 Ella en mi corazon metió la mano,
 Y de allí me llevó mi dulce prenda;
 Que aquel era su nido y su morada.
 ; Ay muerte arrebatada!
 Por tí me estoy quejando
 Al cielo y enojando
 Con importuno llanto al mundo todo:
 Tan desigual dolor no sufre modo.
 No me podrán quitar el dolorido
 Sentir, si ya del todo
 Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
 Elisa, envueltos en un blanco paño,
 Que nunca de mi seno se me apartan;
 Descójolos, y de un dolor tamaño
 Enternecerme siento, que sobre ellos
 Nunca mis ojos de llorar se hartan.
 Sin que de allí se partan,
 Con suspiros calientes,
 Más que la llama ardientes,
 Los enjugo del llanto, y de consuno
 Casi los paso y cuento uno á uno;

GARCILASO DE LA VEGA

Juntándolos, con un cordon los ato.
 Tras esto el importuno
 Dolor me deja descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
 Aquella noche tenebrosa, oscura,
 Que siempre aflige esta ánima mezuquina
 Con la memoria de mi desventura.
 Verte presente agora me parece
 En aquel duro trance de Lucina,
 Y aquella voz divina,
 Con cuyo son y acentos
 Á los airados vientos
 Pudieras amansar, que agora es muda,
 Me parece que oigo que á la cruda,
 Inexorable diosa demandabas
 En aquel paso ayuda;

Y tú, rústica diosa, ; dónde estabas?
 ; Ibate tanto en perseguir las fieras?
 ; Ibate tanto en un pastor dormido?
 ; Cosa pudo bastar á tal crueza,
 Que, conmovida á compasion, oído
 Á los votos y lágrimas no dieras
 Par no ver hecha tierra tal belleza,
 Ó no ver la tristeza
 En que tu Nemoroso
 Queda, que su reposo
 Era seguir tu oficio, persiguiendo
 Las fieras por los montes, y ofreciendo
 Á tus sagradas aras los despojos?

; Y tú, ingrata, riendo
 Dexas morir mi bien ante mis ojos?
 Divina Elisa, pues agora el cielo
 Con inmortales piés pisas y mides,

GARCILASO DE LA VEGA

Y su mudanza ves, estando queda,
 ; Por qué de mí te olvidas, y no pides
 Que se apresure el tiempo en que este velo
 Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
 Y en la tercera rueda
 Contigo mano á mano
 Busquemos otro llano,
 Busquemos otros montes y otros ríos,
 Otros valles floridos y sombríos,
 Donde descanse y siempre pueda verte
 Ante los ojos míos,
 Sin miedo y sobresalto de perderte?
 Nunca pusieran fin al triste lloro
 Los pastores, ni fueran acabadas
 Las canciones que solo el monte oía,
 Si mirando las nubes coloradas,
 Al trasmontar del sol bordadas de oro,
 No vieran que era ya pasado el día.
 La sombra se veía
 Venir corriendo apriesa
 Ya por la falda espesa
 Del altísimo monte, y recordando
 Ambos como de sueño, y acabando
 El fugitivo sol, de luz escaso,
 Su ganado llevando,
 Se fueron recogiendo paso á paso.

12.

Á la flor de Gnido

SI de mi baxa lira
 Tanto pudiese el son, que en un momento
 Aplacase la ira

GARCILASO DE LA VEGA

Del animoso viento,
 Y la furia del mar y el movimiento;
 Y en ásperas montañas
 Con el suave canto enterneciese
 Las fieras alimañas,
 Los árboles moviese,
 Y al son confusamente los traxese;
 No pienses que cantado
 Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
 El fiero Marte airado,
 Á muerte convertido,
 De polvo y sangre y de sudor teñido;
 Ni aquellos capitanes
 En las sublimes ruedas colocados,
 Por quien los alemanes
 El fiero cuello atados,
 Y los franceses van domesticados.
 Mas solamente aquella
 Fuerza de tu beldad sería cantada,
 Y alguna vez con ella
 También sería notada
 El aspereza de que estás armada;
 Y cómo por tí sola,
 Y por tu gran valor y hermosura,
 Convertido en viola,
 Llora su desventura
 El miserable amante en tu figura.
 Hablo de aquel cativo,
 De quien tener se debe más cuidado,
 Que está muriendo vivo,
 Al remo condenado,
 En la concha de Venus amarrado.
 Por tí, como solía,

GARCILASO DE LA VEGA

Del áspero caballo no corrige
 La furia y gallardía,
 Ni con freno le rige,
 Ni con vivas espuelas ya le aflige.
 Por tí, con diestra mano
 No revuelve la espada presurosa,
 Y en el dudoso llano
 Huye la polvorosa
 Palestra como sierpe ponzoñosa.
 Por tí, su blanda musa,
 En lugar de la cítara sonante,
 Tristes querellas usa,
 Que con llanto abundante
 Hacen bañar el rostro del amante.
 Por tí, el mayor amigo
 Le es importuno, grave y enojoso ;
 Yo puedo ser testigo
 Que ya del peligroso
 Naufragio fuí su puerto y su reposo.
 Y agora en tal manera
 Vence el dolor á la razon perdida,
 Que ponzoñosa fiera
 Nunca fué aborrecida.
 Tanto como yo dél, ni tan temida.
 No fuiste tú engendrada
 Ni producida de la dura tierra ;
 No debe ser notada
 Que ingratamente yerra.
 Quien todo el otro error de sí destierra.
 Hágate temerosa
 El caso de Anaxárete, y cobarde,
 Que de ser desdenosa
 Se arrepintió muy tarde ;

GARCILASO DE LA VEGA

Y así, su alma con su mármol arde,
 Estábase alegrando
 Del mal ajeno el pecho empedernido,
 Cuando abaxo mirando
 El cuerpo muerto vido
 Del miserable amante, allí tendido.
 Y al cuello el lazo atado,
 Con que desenlazó de la cadena
 El corazon cuitado,
 Que con su breve pena
 Compró la eterna punición ajena.
 Sintió allí convertirse
 En piedad amorosa el aspereza.
 ; Oh tarde arrepentirse !
 ; Oh última terneza !
 ; Cómo te sucedió mayor dureza ?
 Los ojos se enclavaron
 En el tendido cuerpo que allí vieron,
 Los huesos se tornaron
 Más duros y crecieron,
 Y en sí toda la carne convirtieron ;
 Las entrañas heladas
 Tornaron poco á poco en piedra dura ;
 Por las venas cuitadas
 La sangre su figura
 Iba desconociendo y su natura ;
 Hasta que finalmente
 En duro mármol vuelta y trasformada,
 Hizo de sí la gente
 No tan maravillada
 Cuanto de aquella ingratitud vengada.
 No quieras tú, señora,
 De Némesis airada las saetas

Probar, por Dios, agora;
 Baste que tus perfitas
 Obras y hermosura á los poetas
 Dén inmortal materia,
 Sin que tambien en verso lamentable
 Celebren la miseria
 De algun caso notable
 Que por tí pase triste y miserable.

GUTIERRE DE CETINA

Madrigal

OJOS claros, serenos,
 Si de un dulce mirar sois alabados,
 ; Por qué, si me mirais, mirais airados?
 Si cuando más piadosos,
 Más bellos pareceis á aquel que os mira,
 No me mireis con ira,
 Porque no pareçais menos hermosos.
 ; Ay tormentos rabiosos!
 Ojos claros, serenos,
 Ya que así me mirais, miradme al menos

FRAY LUIS DE LEÓN

Vida retirada

¡QUE descansada vida
 la del que huye el mundanal ruido,
 y sigue la escondida
 senda por donde han ido

los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
 de los soberbios grandes el estado,
 ni del dorado techo
 se admira, fabricado
 del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
 canta con voz su nombre pregonera,
 ni cura si encarama
 la lengua lisonjera
 lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mi contento
 si soy del vano dedo señalado?
 si en busca de este viento
 ando desalentado

con ansias vivas, y mortal cuidado?
 ; Oh campo, oh monte, oh río!
 ; oh secreto seguro deleitoso!
 roto casi el navío,
 á vuestro almó reposo
 huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
 un día puro, alegre, libre quiero;
 no quiero ver el ceño
 vanamente severo
 de quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértenme las aves
 con su cantar suave no aprendido,
 no los cuidados graves
 de que es siempre seguido
 quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
 gozar quiero del bien que debo al cielo,

"Amado Nerro trae en su libro
 "Lecturas de la vida", algunos versos
 sobre este Madrigal

á solas sin testigo
 libre de amor, de celo,
 de ódio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
 por mi mano plantado tengo un huerto
 que con la primavera
 de bella flor cubierto
 ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
 de ver y acrecentar su hermosura,
 desde la cumbre airosa
 una fontana pura

hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
 el paso entre los árboles torciendo,
 el suelo de pasada
 de verdura vistiendo,
 y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
 y ofrece mil olores al sentido,
 los árboles menean
 con un manso ruido
 que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
 los que de un flaco leño se confían:
 no es mio ver el lloro
 de los que desconfían
 cuando el ciezo y el ábrego porfían.

La combatida antena
 cruje, y en ciega noche el claro día
 se torna, al cielo suena
 confusa vocería,
 y la mar enriquecen á porfia.

A mí una pobrecilla
 mesa de amiable paz bien abastada
 me baste, y la baxilla
 de fino oro labrada
 sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
 mente se están los otros abrasando
 en sed insaciable
 del no durable mando
 tendido yo á la sombra esté cantando.

Á la sombra tendido
 de yedra y lauro eterno coronado,
 puesto el atento oído
 al són dulce acordado
 del plectro sabiamente meneado.

15. *Á Francisco Salinas*

EL aire se serena
 y viste de hermosura y luz no usada,
 Salinas, cuando suena
 la música extremada
 por vuestra sábia mano gobernada.

Á cuyo són divino
 mi alma que en olvido está sumida,
 torna á cobrar el tino,
 y memoria perdida
 de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
 en suerte y pensamientos se mejora
 el oro desconoce
 que el vulgo ciego adora,

la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar á la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera.

Y
Ve cómo el gran maestro
á aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el són sagrado
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordés, luego envía
consonante respuesta,
y entrambas á porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningun accidente
extraño ó peregrino oye ó siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida!
¡oh dulce olvido!
¡durase en tu reposo
sin ser restituído
jamás á aqueste baxo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del Apolíneo sacro coro,
amigos, á quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! suene de continuo,
Salinas, vuestro són en mis oídos,

por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando á lo demás amortecidos.

16.

Á Felipe Ruiz

¿CUANDO será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin velo?

Allí á mi vida junto
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
el divino poder echó el cimiento
tan á nivel y plomo,
dó estable eterno asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas dó la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que á la mar arrada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen,
dó sale á mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen.

De dó manan las fuentes

quién ceba, y quién bastece de los ríos
 las perpetuas corrientes ;
 de los helados ríos
 veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
 del aire en la región quién las sostiene ;
 de los rayos las fraguas ;
 dó los tesoros tiene
 de nive Dios, y el trueno dónde viene.

¿ No ves cuando acontece
 turbarse el aire todo en el verano ?
 el día se ennegrece,
 sopla el gallego insano,
 y sube hasta el cielo el polvo vano ;

Y entre las nubes mueve
 su carro Dios ligero y reluciente,
 horrible són conmueve,
 relumbra fuego ardiente,
 treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
 envían largos ríos los collados ;
 su trabajo deshecho,
 los campos anegados
 miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
 veré los movimientos celestiales,
 así el arrebatado
 como los naturales,
 las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
 veré, y quién las enciende con hermosas
 y eficaces centellas ;
 por qué están las dos osas,

de bafiarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
 fuente de vida y luz dó se mantiene ;
 y por qué en el invierno
 tan presuroso viene,
 por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
 en la más alta esfera las moradas
 del gozo y del contento,
 de oro y luz labradas,
 de espíritus dichosos habitadas.

17. *Noche serena*

CUANDO contemplo el cielo
 de innumerables luces adornado,
 y miro hácia el suelo
 de noche rodeado,
 en sueño y en olvido sepultado :

El amor y la pena
 despiertan en mi pecho una ansia ardiente ;
 despiden larga vena
 los ojos hechos fuente ;
 la lengua dice al fin con voz doliente :

Morada de grandeza,
 templo de claridad y hermosura,
 mi alma que á tu alteza
 nació, ¿ qué desventura
 la tiene en esta cárcel baxa, obscura ?

¿ Qué mortal desatino
 de la verdad aleja así el sentido,
 que de tu bien divino

olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido? /

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño;
las almas inmortales
hechas á bien tamaño
podrán vivir de sombra, y solo engano?

¡Ay! levantad los ojos
á aquesta celestial eterna esfera,
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

Es más que un breve punto
el baxo y torpe suelo, comparado
á aqueste gran trasumpto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado.

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales.

La luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella,
la luz dó el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor le sigue reluciente y bella;
Y cómo otro camino

prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino
de bienes mil cercado

serena el cielo con su rayo amado:
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro:

¿Quién es el que esto mira,
y precia la baxeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz: aquí asentado
en rico y alto asiento
está al amor sagrado
de honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡oh prados con verdad frescos y amenos!
¡riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

18. *Morada del cielo*

ALMA región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces, fértil suelo
productor eterno de consuelo :

De púrpura y de nieve
florida la cabeza coronado,
á dulces pastos mueve
sin honda ni cayado,
el buen Pastor en tí su hato amado.

Él va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas, dó las paze
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro á la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
la cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando
de su hato ceñido
con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa
y lanza en aquel bien libre de tasa.
; Oh són, oh voz! siquiera

pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese
y toda en tí, oh amor, la convirtiese!
Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
de esta prision á donde
padece, á tu manada
junta, no ya andará perdida, errada.

19. *En la Ascensión*

; Y DEXAS, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro!
; Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
á tus pechos criados,
de Tí desposeídos,
á dó convertirán ya sus sentidos?

; Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
quien oyó tu dulzura,
; qué no tendrá por sordo y desventura?

; Aqueste mar turbado
; quién le pondrá ya freno? ; quién concierto
al viento fiero airado?
estando tú encubierto
; qué norte guiará la nave al puerto?

¡ Ay! nube envidiosa
 aun de este breve gozo ¿ qué te aquejas?
 ¿ dó vuelas presurosa?
 ¡ cuán rica tú te alexas!
 ¡ cuán pobres y cuán ciegos ¡ ay! nos dexas!

20.

Imitación de diversos

VUESTRA tirana exención
 y ese vuestro cuello erguido
 estoy cierto que Cupido
 pondrá en dura sujeción.

Vivid esquivá y exentá;
 que á mi cuenta
 vos serviréis al amor
 cuando de vuestro dolor
 ninguno quiera hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre
 fuere de nieve esparcida,
 y las dos luces de vida
 recogieren ya su lumbré:
 cuando la ruga enojosa
 en la hermosa
 frente y cara se mostrare,
 y el tiempo que vuela helare
 esa fresca y linda rosa:

Cuando os viéredes perdida,
 os perderéis por querer,
 sentireis que es padecer
 querer y no ser querida.
 Diréis con dolor, Señora,
 cada hora:

58

¡ quién tuviera, ay sin ventura,
 ó agora aquella hermosura
 ó antes el amor de agora!

Á mil gentes que agraviadas
 tenéis con vuestra porfia,
 dexaréis en aquel día
 alegres y bien vengadas.
 Y por mil partes volando
 publicando

el amor irá este cuento,
 para aviso y escarmiento
 de quien huye de su bando.

¡ Ay! por Dios, Señora bella,
 mirad por vos, mientras dura
 esa flor graciosa y pura,
 que el no gozalla es perdella,
 y pues no menos discreta
 y perfeta
 sois que bella y desdenosa,
 mirad que ninguna cosa
 hay que á amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo
 con ley dulce eternamente,
 ¿ y pensáis vos ser valiente
 contra él acá en el suelo?
 Da movimiento y viveza
 á belleza
 el amor, y es dulce vida;
 y la suerte más valida
 sin él es triste pobreza.

¿ Qué vale el beber en oro,
 el vestir seda y brocado,
 el techo rico labrado,

59

FRAY LUIS DE LEÓN

los montones de tesoro?
 ¿Y qué vale si á derecho
 os da pecho
 el mundo todo y adora,
 si á la fin dormís, Señora,
 en el solo y frío lecho?

21.

Soneto

AGORA con la aurora se levanta
 mi luz, agora coge en rico nudo
 el hermoso cabello, agora el crudo
 pecho ciñe con oro, y la garganta.

Agora vuelta al cielo pura y santa
 las manos y ojos bellos alza, y pudo
 dolerse agora de mí mal agudo;
 agora incomparable tañe y canta.

Ansí digo, y del dulce error llevado,
 presente ante mis ojos la imagino,
 y lleno de humildad y amor la adoro.

Mas luego vuelve en sí el engañado
 ánimo, y conociendo el desatino,
 la rienda suelta largamente al lloro.

SAN JUAN DE LA CRUZ

22. *Cántico espiritual entre el alma y
 Cristo su Esposo*

ESPOSA

¿ADÓNDE te escondiste,
 Amado, y me dexaste con gemido?
 Como el ciervo huíste,

60

SAN JUAN DE LA CRUZ

Habiéndome herido;
 Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes
 Allá por las majadas al otero,
 Si por ventura vierdes
 Aquel que yo más quiero

Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
 Iré por esos montes y riberas,
 Ni cogeré las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras,
 Plantadas por la mano del Amado,
 Oh prado de verduras,
 De flores esmaltado,
 Decid si por vosotros ha pasado.

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

Mil gracias derramando
 Pasó por estos sotos con presura,
 Y, yéndolos mirando,
 Con sola su figura
 Vestidos los dexó de su hermosura.

ESPOSA

¡Ay, quién podrá sanarme!
 Acaba de entregarte ya de vero,
 No quieras enviarme
 De hoy ya más mensajero,
 Que no saben decirme lo que quiero.
 Y todos cuantos vagan,
 De tí me van mil gracias refiriendo,

61

SAN JUAN DE LA CRUZ

Y todos más me llagan,
Y déxame muriendo
Un no sé qué quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en ti concibes?
¿Por qué, pues has llagado
Á aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así lo dexaste,
Y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos
Y solo para tí quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura:
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,

SAN JUAN DE LA CRUZ

Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

Mi amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada,
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montaña.

Detente, Cierzo muerto:
Ven, Austro, que recuerdas los antores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.

Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;

Mas mira las compañías
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

Á las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores,
Por las amenas liras
Y cantos de sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura teñido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
Á zaga de tu huella
Los jóvenes discurren el camino, Y

Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
De mi amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía
Y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
Á mi, sin dejar cosa,
Allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio.

Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio:
Que ya solo en amar es mi ejercicio.
Pues ya si en el exido

De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que andando enamorada
Me hice perdidiza, y fui ganada.

De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Y Haremos las guirnáldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.

En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

Quando tú me mirabas,
 Su gracia en mí tus ojos imprimían ;
 Por eso me adamabas,
 Y en eso merecían
 Los míos adorar lo que en tí vían.
 No quieras despreciarme,
 Que si color moreno en mí hallaste
 Ya bien puedes mirarme,
 Despues que me miraste,
 Que gracia y hermosura en mí dexaste.

ESPOSO

La blanca palomica
 Al arca con el ramo se ha tornado,
 Y ya la tortolica
 Al socio deseado
 En las riberas verdes ha hallado.
 En soledad vivía,
 Y en soledad ha puesto ya su nido,
 Y en soledad la guía
 Á solas su querido,
 También en soledad de amor herido.

ESPOSA

Gocémonos, Amado,
 Y vámonos á ver en tu hermosura
 Al monte y al collado,
 Do mana el agua pura ;
 Entremos más adentro en la espesura.
 Y luego á las subidas
 Cavernas de las piedras nos iremos,
 Que están bien escondidas,
 Y allí nos entraremos,
 Y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
 Aquello que mí alma pretendía,
 Y luego me darías
 Allí tú, vida mía,
 Aquello que me diste el otro día.
 El aspirar del aire,
 El canto de la dulce Filomena,
 El soto y su donaire,
 En la noche serena
 Con llama que consume y no da pena.
 Que nadie lo miraba,
 Aminadab tampoco parecía,
 Y el cerco sosegaba,
 Y la caballería
 Á vista de las aguas descendía.

ANÓNIMO

NO me mueve, mi Dios, para quererte
 El cielo que me tienes prometido,
 Ni me mueve el infierno tan temido
 Para dejar por eso de ofenderte.
 Tú me mueves, Señor ; muéveme el verte
 Clavado en una cruz y escarnecido ;
 Muéveme ver tu cuerpo tan herido ;
 Muéveme tus afrentas y tu muerte.
 Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
 Que aunque no hubiera cielo, yo te amara.
 Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
 No me tienes que dar porque te quiera ;
 Pues aunque lo que espero no esperara,
 Lo mismo que te quiero te quisiera.